



Revista de Estudios Sociales

1 | 1998

Ciencias Sociales - Primera Edición

En contra de la marea o sobre cómo las violencias, a veces, producen democracia

María Emma Wills Obregón



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/revestudsoc/31281>

ISSN: 1900-5180

Editor

Universidad de los Andes

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 diciembre 1998

Paginación: 16-21

ISSN: 0123-885X

Referencia electrónica

María Emma Wills Obregón, « En contra de la marea o sobre cómo las violencias, a veces, producen democracia », *Revista de Estudios Sociales* [En línea], 1 | 1998, Publicado el 12 marzo 2019, consultado el 20 abril 2019. URL : <http://journals.openedition.org/revestudsoc/31281>



Los contenidos de la *Revista de Estudios Sociales* están editados bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0 International.

En Contra de La Marea o sobre cómo las violencias, a veces, producen democracia

María Emma Wills Obregón*

En este ensayo se pretende demostrar que Colombia no es el único país que ha pasado por procesos violentos y autoritarios antes de consolidar un régimen democrático. Las viejas democracias, tan respetadas hoy en día, se sumergieron durante largas décadas en guerras fratricidas, y luego con la figura del Estado-nación estos mismos países emprendieron durante largos períodos grandes y desastrosas guerras con sus vecinos. Por tanto las razones que explican por qué no logramos afianzar un régimen democrático se encuentran, no en la violencia y el autoritarismo, que padecemos, sino en otros factores que distinguen nuestro proceso del que otros han seguido: Por ejemplo, la diversidad de las élites económicas y políticas, la pobreza fiscal del país, la mentalidad patrimonial de nuestros empresarios, son razones de mayor peso que aquellas que aducen quienes piensan nuestra historia en términos de violencias y autoritarismos, como si estos rasgos fuesen exclusivos del proceso colombiano.

*Politóloga, profesora del Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Los Andes y del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la universidad Nacional de Colombia.

En una sociedad como la colombiana, desgarrada por las guerras, las voces de alerta contra las soluciones o las interpretaciones simplistas son imprescindibles. Las recetas fáciles crean • a la larga dos reacciones bastante improductivas. O suscitan un frágil y efímero optimismo que, al llevar a nuevos descalabros, conduce entonces a la total desesperanza; o sostienen que de entrada "las cosas no tienen solución" y que por tanto lo único que nos resta a todos los ciudadanos desarmados de este país es desentendernos de la situación. Frente a estos peligros, este ensayo pretende, -no ofrecer nuevas recetas de solución a las guerras, sino demostrar cómo ciertas interpretaciones de fácil circulación se asientan sobre falsos supuestos y cómo, para contribuir a encontrar salidas, más bien tenemos que nadar contra la corriente, aguzar nuestra sensibilidad histórica, ver al país en una perspectiva más comparativa y universal, e inspirar un debate público a partir de posiciones sin duda polémicas pero -quizás- también más sugestivas.

1. De Nuestra barbarie y de Su civilización

Existe en el ambiente político colombiano un implícito: el ciclo de violencia del que nos hallamos de nuevo presos no hace sino evidenciar una vez más nuestra incapacidad, como pueblo o como nación (según las preferencias políticas de quién hable), de civilizar nuestras costumbres. Somos una sociedad acechada constantemente por una barbarie que se piensa como inherente a nuestra identidad nacional.

Esta inclinación por percibirnos como constituidos por una naturaleza peor que la de nuestros vecinos, y sobre todo como mucho peor que la naturaleza que le imputamos a naciones civilizadas y desarrolladas (la próspera y emprendedora Norteamericana, la Iluminada Francia, la muy culta Alemania), olvida que aquellos países hoy considerados civilizados han transitado, y no hace tanto, por períodos profundamente violentos y bárbaros.

La Segunda Guerra Mundial con una

Alemania plagada de campos de concentración y con un Estado emprendiendo oficialmente pruebas biológicas realizadas sobre razas consideradas inferiores a la propia, es un ejemplo ilustrativo de lo anterior. Pero también lo es la historia del Gran Vecino del Norte. La nueva historiografía norteamericana se ha dedicado en los últimos tiempos* destapar los horrores y las violencias que subyacen a sus mitos nacionales: detrás del Día de Acción de Gracias, fiesta patria por excelencia que celebra la reconciliación de indígenas y europeos, se esconden las masacres que acabaron con la mayoría de las poblaciones aborígenes que habitaban el continente norteamericano cuando llegaron las migraciones del Viejo Continente; y detrás de la imponente Estatua de la Libertad que resguarda la entrada del puerto de Nueva York y que simboliza el sueño de un trato equitativo para todos, se hacen invisibles grandes partes de la historia de un país que construyó sus ferrocarriles y su poderío económico sobre la base del trabajo semi-esclavista de grandes grupos considerados inferiores en razón de su origen nacional (los irlandeses son un ejemplo clásico) o del color de su piel (las poblaciones orientales o los negros quienes, hasta hace muy poco, fueron excluidos por ley de los mínimos derechos civiles y políticos).

La cuestión no es entonces porqué *Ellos* fueron siempre civilizados y *Nosotros* siempre bárbaros. Ni Estados Unidos nació democrática, ni la Revolución Francesa produjo un milagro. Por estas razones, en lugar de asumir que *Ellos* siempre fueron tanto mejores que *Nosotros*, deberíamos más bien interrogarnos sobre cuáles fueron las circunstancias históricas y los arreglos culturales, políticos y económicos que, una vez institucionalizados, les permitieron a estos países salir de períodos violentos y transitar hacia situaciones políticas y sociales más democráticas.

Y aquí es necesario hacer una pausa en el camino para que se entienda mejor el desarrollo de este ensayo. Los argumentos se estructuran alrededor de un axioma básico sobre el vínculo que existe entre democracia

y violencia. Haciéndole eco a las palabras de María Teresa Uribe, el hilo conductor gira en torno al supuesto de *que lo contrario de la violencia no es la paz sino la legitimidad*¹.

Por legitimidad se entiende, no un concepto que remite a nociones absolutas de justicia social, sino uno que cualifica la relación de poder y autoridad que se establece entre gobernantes y gobernados. La relación de poder y autoridad varía según su grado de legitimidad -a menor legitimidad, mayor propensión de los gobernados a desobedecer los lineamientos trazados por los gobernantes; y viceversa, a mayor legitimidad, mayores grados de obediencia. La legitimidad no sólo varía según su grado sino también según su tipo. Siguiendo a Max Weber, los gobernados pueden obedecer inspirados por la costumbre, una costumbre que consideran "inmemorial" (legitimidad tradicional); o lo pueden hacer porque establecen una relación simbiótica con un líder -el líder más que representarlos, Jos personifica (legitimidad carismática); por último la obediencia puede estar inspirada en consideraciones racionales -más que creer en las personas, en este tipo de legitimidad los gobernados adhieren a unos procedimientos y unas reglas que enmarcan la conducta de los gobernantes -elecciones, competencia partidista, esfera pública de debate político sustantivo, respeto a las mayorías— en la creencia de que por medio de su aplicación la sociedad puede alcanzar, consensos sobre una definición mínima de bien común y sobre el camino que considera más razonable para acercarse a esta definición (legitimidad democrático-moderna).

Aquí es claro que la posición que se defiende no es, ni una* que equipara democracia única y exclusivamente a procedimientos, ni tampoco una que sólo le imputa altos grados de legitimidad a un gobierno que se ciñe a

una concepción absoluta y pre-política² de Bien Común. La legitimidad moderna conecta la política con la ética por medio de unos procedimientos y, fundamentalmente, por medio de la existencia de una esfera pública vital. Esta esfera se considera primordial para la democracia en la medida en que es allí donde circulan las distintas definiciones de bien común que se encuentran en disputa y donde, a partir de la discusión y el debate públicos, los ciudadanos-asociados establecen sus opiniones y gestan una obediencia no meramente pasiva, sino por sobre todo una obediencia activa hacia las instituciones y las políticas de Estado.

Volviendo a la inclinación histórica que inspiró la apertura de este ensayo, habría entonces que preguntarse por la forma en que otros países han logrado establecer, con relativo éxito, gobiernos inspirados en una legitimidad moderna, capaces por lo tanto de suscitar una obediencia producto de la reflexión y del consentimiento de sus gobernados.

2. El Estado: imprescindible pero insuficiente

Relacionado con la pregunta anterior, existe hoy una respuesta que campea en medios académicos y que, a la vez que ilumina aspectos del problema, invisibiliza otros: según estas versiones, sin Estado no hay democracia y Colombia, a diferencia de Francia, Alemania, Inglaterra o Estados Unidos, no ha logrado construir un Estado fuerte. El país, después de casi dos siglos de vida independiente, no ha consolidado unas instituciones relativamente autónomas de, los sectores sociales más poderosos con la capacidad de regular, a partir del monopolio de la fuerza y del establecimiento de un estado de derecho, los conflictos sociales y políticos que dividen a la sociedad.

En perspectiva histórica, parece que son más los casos que tienden a probar que para que haya democracia

(es decir legitimidad moderna) tiene que existir Estado. Sin embargo, lo que veces parecen olvidar estas interpretaciones es que, paradójicamente, las hoy en día llamadas naciones civilizadas construyeron regímenes más o menos democráticos y más o menos no-violentos sobre la base de largos procesos visiblemente cruentos y autoritarios.

En Francia, para seguir con uno de nuestros ejemplos, la democracia es hija del Estado Absolutista. Pero este Estado con su poderosa burocracia no se construyó por la vía tersa de la persuasión y del consenso. No hubo pactos de caballeros, honrosos y democráticos, que antecederan las guerras que poco a poco condujeron al monopolio estatal de la violencia. Hubo más bien rechar de dientes y mucha sangre derramada. O como lo dice con agudeza y altas dosis de ironía Charles Tilly, reconocido historiador, el Estado moderno, muchas veces asumido como símbolo del proceso civilizatorio occidental, se construyó en la sucia dinámica de la guerra y del bandolerismo, y hunde sus raíces en unas poco loables prácticas de extorsión y de chantaje³.

Así como olvidan los orígenes violentos del monopolio de la fuerza y de la centralización de las instituciones, estas versiones también parecen opacar el hecho de que el Estado es condición necesaria más no suficiente para que un régimen democrático se consolide en un país. Así, es pertinente recordar que podemos poner en pie un eficaz sistema de recolección de impuestos y reforzar las instituciones, construir escuelas, hospitales, carreteras y puestos de policía y pagar jueces para que impartan justicia por todos los rincones del país y quizás por fin lograr que el Estado tenga el monopolio de la violencia física y aún así no alcanzar la democracia.

Fortalecer al Estado olvidando que la democracia no sólo requiere de instituciones sólidas sino que también

¹ Véase María Teresa Uribe, "Los destiempos y los desencuentros: una perspectiva para mirar la violencia en Colombia" en *Revista Universidad de Antioquia*, Vol. LIX, No. 220, Medellín, 1990, pág. 7.

² Por pre-política aquí se entiende una noción de Bien Común que se asume como la mejor -la más ética— antes siquiera de haber sido debatida. Es anterior a la política en la medida en que se adhiere a ella como si su contenido fuera inherentemente el mejor, como una cuestión de dogma o de fe más que de convencimiento razonado. ...

³ Véase Charles Tilly, "War Making and State Making as Organized Crime" en Theda Skocpol, Dietrich Rueschemeyer y Peter Evans (eds.), *Bringing the State Back In*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

se asienta sobre el principio de la obediencia consentida puede conducir a situaciones autoritarias: impulsados por el afán de lograr presencia estatal, podemos terminar creando unas instituciones de corte absolutista, eficaces en su capacidad gestionaria, pero muy poco legítimas. Por eso, en un ambiente donde muchas voces reclaman más presencia estatal y más esfuerzos por lograr el monopolio de la violencia física, es sano recordar que ese monopolio debe, además de ser eficaz, ganarse el respaldo y la aprobación de la población. Las instituciones, sin la afinidad electiva de los ciudadanos, son cuerpos sin espíritu o, si se quiere, herramientas sin corazón.

Para seguir con la inclinación histórica que inspira este ensayo ¿cuáles fueron entonces las condiciones que permitieron transitar de unas instituciones fuertes a unas instituciones legítimamente democráticas? ¿Cuáles los procesos que dieron lugar a unas instituciones que suscitan no sólo temor y respeto sino también un alto grado de identificación por parte de la población?

3. La nación que Ellos tienen y que Nos falta a nosotros....

Para que entre los habitantes de un territorio y el Estado exista algo más que una obediencia suscitada por el temor o, por la costumbre, se requiere, por un lado la existencia de un puente afectivo que los una a ambos, y por otro de unos principios y unas reglas de juego aprobados por todos. Sobre las reglas y los principios, nos referiremos más adelante. Por ahora, centrémonos en el puente. La existencia de una comunidad política imaginada —la nación— es la mediación, inventada pero imprescindible, para garantizar que las leyes se acaten y las instituciones se respeten por algo más que temor o simple costumbre. Y es frente al tema de la nación donde de nuevo confrontamos hoy en Colombia una serie de interpretaciones que idealizan la 'sólida' identidad nacional de otros países o el camino que ellos transitaron para construirla.

Antes de imputarle a otras naciones virtudes de las que nosotros

supuestamente carecemos deberíamos interrogarnos más bien sobre el camino concreto que estos países tuvieron que transitar para alcanzar comunidades políticas aceptables para la mayoría de su población: luego de recorrer la historia de Gran Bretaña, Francia, Alemania o EEUU ¿podemos sostener que sus construcciones nacionales fueron producto de sentimientos espontáneos inspirados en costumbres inmemoriales ancladas en lo más profundo de sus poblaciones? ¿Que había algo inherente que las unía de antemano? ¿Que sus poblaciones fueron automáticamente seducidas y se reconocieron en los cantos, los himnos, las banderas tricolores y los relatos que fijaban los contornos de 'Sus' naciones?

La verdad es que en el caso de la nación como en el del Estado el proceso de construcción está marcado de una gran paradoja. Ambos, Estado y Nación, son imprescindibles para que se "consolide un régimen político democrático, pero ambos son producto de políticas y circunstancias poco democráticas. Para construir nación, en la mayoría de países, incluidos los hoy llamados avanzados, tuvo que correr mucha sangre y, como lo afirma Benedict Anderson, tuvo que cubrirse con el manto del olvido toda la sangre que corrió⁴.

Inculcar la noción de comunidad nacional a las múltiples y diversas identidades campesinas y culturas locales, con sus lenguas, costumbres y creencias propias, vino de la mano de la conscripción de muchos hombres que, más a las malas que a las buenas, tuvieron que engrosar las filas de ejércitos "patrios" y pelear en muchas guerras hasta por fin sentirse ellos mismos implicados; de una escuela pública que adoctrinó a los muchos en el idioma y las costumbres 'oficiales'; y de la imposición de una moneda única que barrió con las distintas formas de intercambio y trueque que antes se daban libremente entre regiones.

El recorrido en la mayoría de los países tuvo muy poco de espontáneo y aún menos de democrático. En

⁴ Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, edición revisada, Londres y Nueva York, Verso, 1991,

general la versión oficial de nación borró diversidades regionales y homogeneizó a poblaciones enteras entorno a nociones y símbolos que poco tenían que ver con sus rutinas diarias. La transición fue dolorosa, pero cuando el proceso se completó las gentes se sintieron vinculadas a un Estado —un conjunto de instituciones y leyes— y a una comunidad política nacional que ante todo compartía un mismo destino histórico. En otras palabras, cuando culminaron ambos procesos, las gentes, además de sentirse miembros de comunidades locales, se vieron como ciudadanas, vinculadas al destino de un Estado y de una nación. Este doble vínculo, en parte sentimental, fue el que poco a poco garantizó que en un país hubiera más obediencia consentida que desacato a la ley.

Aquí es necesario introducir un matiz. Si bien es cierto que en la mayoría de construcciones nacionales hubo resistencias que fueron acalladas y silencios que ocultaron la diversidad, también es cierto que existen diferencias entre el fervor que inspiran ciertos vínculos nacionales en ciertas épocas, y la indiferencia que suscitan otros. Ese fervor seguramente es resultado, aún, de la escuela, la milicia y el fisco, y la creación y reactivación regular de algunos ritos patrios. Pero también tiene que ver con la sustancia de la construcción nacional. Allí donde las gentes, sus costumbres y sus ritos, pudieron dejar huella en la construcción mayor, la nación suscita empatías e identificaciones que no alcanza en lugares donde se la imaginó desconectada de esas fuentes o en guerra con ellas. Por eso es necesario tener en cuenta que el proceso fue en todas partes doloroso pero que allí donde incluyó negociación y permitió hibridación entre la concepción oficial de nación y la que albergaban sus gentes, surgió una comunidad nacional con mayor capacidad de inspirar lealtades en la mayoría de sus habitantes.

Sabemos ya que Estado y nación fueron producto de procesos y políticas autoritarias y violentas. ¿Cómo, a partir de esos orígenes, se logró la obediencia no a cualquier tipo de leyes y procedimientos sino a una estirpe democrática? ¿Cómo se construyó la inclinación hacia la negociación?

¿Cómo se consolidaron procedimientos que daban preferencia al consenso por sobre la fuerza para resolver los conflictos y las diferencias?

4. La inclinación hacia la negociación y la búsqueda de consenso: ¿cuestión de valores o cuestión de aprendizaje?

Así como los orígenes violentos del Estado y aún de la nación se olvidan, se tiende en muchos casos a asumir que existe una diferencia de naturaleza entre las élites gobernantes de Estados Unidos, Inglaterra o Francia, y las nuestras. Según estas versiones, *E/las* tendrían una inclinación histórica hacia la negociación de la que las *Nuestras* carecerían. Y algo de razón tienen estas versiones. Finalmente fue en las grandes cortes europeas donde se gestó en primer lugar el Iluminismo y luego en los brillantes salones donde la intelectualidad se daba cita que las ideas revolucionarias de la democracia se gestaron, suscitaron violentas polémicas y tomaron vida.

Sin embargo, y sin desconocer la importancia de las ideas y sobre todo su capacidad transformadora, si es necesario recordar que tanto allá como aquí *del dicho al hecho hay mucho trecho*. Enunciar una serie de principios de gobierno y de valores sociales no era suficiente para convertir a los líderes de estos nacientes Estado-nación en democráticos. En Europa, ante la Revolución Francesa cundieron el pánico y la reacción violenta, y en la misma Francia tuvieron que pasar varias revoluciones y contrarrevoluciones y el país sumirse durante largos años en la inestabilidad política para que finalmente el régimen democrático fuese asumido por todos los jugadores como *"the only game in town"*.

Frente a este tipo de proceso surgen dos preguntas claves. La primera se refiere al uso de la violencia; la segunda a la negociación per sé. En cuanto a la violencia, es necesario interrogarse por las condiciones concretas que llevaron a las élites a abandonar el uso de la fuerza para

resolver de manera expedita sus diferencias; y en cuanto a la negociación en sí misma, es necesario preguntarse qué las llevo a aprender a ceder.

Frente a la violencia, es necesario retornar a los orígenes del Estado. Paradójicamente, las élites regionales aprenden a negociar en la dinámica de la guerra, pero sobre todo aprenden cuando una de ellas logra acumular más ejércitos y más fuerza e imponerse a las demás. De nuevo, según Tilly, para que de entre todos los guerreros regionales emerja un Barón Mayor, se requiere que ese Barón Mayor haya puesto en pie un eficaz sistema de recolección de impuestos. Sin impuestos, como bien lo señala él, no hay guerra.

Por lo demás, ese Barón Mayor aprenderá a guerrear de manera cada vez más eficiente y eficaz en la medida en que se élite a una élite empresarial (una burguesía naciente) que, no sólo pague impuestos, sino que además le exija a bajos costos producir resultados contundentes.⁵ Este proceso, sucintamente descrito, explica a grandes trazos cómo poco a poco un Barón Mayor desarma a sus contendores regionales y centraliza la fuerza. No explica sin embargo cómo esos barones regionales, desposeídos poco a poco de la violencia, se inclinan a negociar.

La negociación no es un valor que nazca espontáneamente. Se cultiva más bien a partir del conflicto, pero no de cualquier tipo de conflicto. Se aprende a negociar cuando los actores encontrados, ambos, son fuertes. Si uno de ellos es avasalladoramente poderoso, tenderá a imponerse más que a negociar. Si los dos son débiles, más que negociación hay adecuación: los dos actores terminan pragmáticamente sumando sus posiciones así el resultado sea poco coherente.

Por otra parte, si uno de ellos puede con facilidad recurrir a las armas para "ganar", en la mayoría de los casos no dudará en hacerlo. Por esta razón, para que el conflicto suscite negociación y no guerra, es vital que de

exista un Barón Mayor que se asegure el monopolio de la fuerza y evite, por su capacidad de control, que le surja competencia. En otras palabras, para que haya democracia no sólo se requiere que las gentes crean en ella sino además que las instituciones tengan capacidad de sanción. Si las instituciones tienen esa capacidad y pueden contener, por su eficacia en la tarea, los brotes de violencia, las gentes, a punta de aprender que la violencia es costosa en términos de sanciones e inconducente en términos de resultados, interiorizan otras formas de resolución de conflictos. Las gentes no nacen democráticas sino que aprenden a serlo y el aprendizaje incluye; no sólo la seducción ética -el diálogo es superior a la violencia— sino también y quizás en un principio sobre todo unas instituciones con capacidad de castigo y sanción a quienes utilicen la violencia para defender sus intereses.

Sin embargo, y aquí radica el punto más delicado quizás, la democracia como inclinación a la negociación dialogada emerge de un precario equilibrio entre la capacidad institucional de detener la rebelión y una actitud que tolera la organización de sectores con un potencial de rebelión. Sin esta segunda aceptación-la democracia pierde sus raíces en la obediencia consentida -elemento sustancial que le otorga singularidad— y se transforma en un régimen como tantos otros sustentado en la obediencia pasiva de los gobernados.

En este punto entramos en la última interpretación que circuía en Colombia y con la cual este ensayo quisiera polemizar: según muchas voces, la Sociedad Civil es la llamada a sacar a Colombia del baño de sangre en la que se encuentra sumida. Si el argumento de este ensayo es correcto, históricamente la Sociedad Civil como sociedad organizada que tramita el conflicto por la vía del diálogo y la negociación, emerge solo si ya se ha dado el monopolio de la fuerza. A pesar de que en la arena política colombiana se le invoca como si tuviera una naturaleza de ángel que le permitiera levitar sobre el conflicto y negarse a

⁵ Charles Tilly *Coercion, Capital, and European States, AD990-1992*, Cambridge MA y Oxford UK, Blackwell, 1990.

usar las armas, la sociedad civil, aquí y en otros lugares, no se inclina espontáneamente hacia la negociación y el diálogo. Para operar democráticamente, esa sociedad tiene que estar enmarcada, regulada, constreñida por unas instituciones fuertes que le impidan recurrir a la fuerza. Sin esas instituciones, la Sociedad Civil termina fácilmente en guerra. O, en otras palabras, primero deben existir instituciones fuertes y luego, enmarcada por ellas, emerge la sociedad civil democrática.

En Contra de la marea: las otras razones para tan esquiva democracia

Ya se ha dicho: *Ellos*, los países que admiramos, no nacieron democráticos. La guerra marcó el paso de sus violencias al monopolio de la fuerza; y la homogeneización por la vía impositiva forzó la creación imaginaria de comunidades nacionales. El Estado, lejos de operar como una autoridad compasiva, respetuosa de la diversidad y protectora de los derechos comunales, actuó con mano férrea e impuso su concepción de nación, política y Derecho.

Hoy la ruta para construir Estado-nación y democracia tiene que ser distinta. Han surgido nuevos actores que cambian el escenario político al exigir que se tomen otros caminos, menos sanguinarios y violentos. Lo que hace un siglo se solucionó a la fuerza, "limpiando", reprimiendo y borrando, al amparo del anonimato, el silencio o la oscuridad, sin veedurías ciudadanas ni prensa fiscalizadora ni Derecho Humanitario Internacional ni ONGs defensoras de Derechos Humanos, no puede obtenerse en 1998 por la misma vía.⁶ Hoy el camino de antes causa repugnancia y activo rechazo nacional e internacional. Por eso construir democracia, en contraste con el pasado, tiene que ser a su vez el resultado de procesos y actitudes democráticas y esta exigencia hace del reto algo mucho más complejo.

⁶ Esta también es la vía de argumentación que siguen Juan Linz y Alfred Stepan, *Problems of Democratic Consolidation. Southern Europe, South America and Post-Communist Europe*, Baltimore y Londres, John Hopkins University Press, 1996.

Cuando se contrasta *nuestro* camino con aquel adoptado por *otros* países surge la noción de que lo que distingue entonces el proceso de deformación del Estado-nación colombiano no es su violencia y su autoritarismo. Violentos y autoritarios también fueron los caminos que otros países recorrieron para establecer regímenes más suaves y consensuados. Por esto, la diferencia entre *Ellos y Nosotros* no reside en la sustancia sino en los *tiempos*: *Ellos* lograron durante el siglo pasado, por la vía violenta y autoritaria, afianzar mal que bien sus Estados-nación mientras *Nosotros* no. La pregunta entonces frente a la historia del país no es por qué siempre hemos sido violentos o autoritarios, sino más bien por qué no hemos salido, como otros países, de ese tipo de patrones.

Empecemos por lo más obvio. En Colombia, en las dinámicas de las guerras del siglo pasado no se estableció un Barón Mayor. En parte esto tiene que ver con la formación simultánea de distintas élites regionales, cada una de ellas con un relativo poder político y económico frente a las demás. Pero también tiene que ver con la escasez de recursos fiscales. Como se mencionó en la sección anterior, una de las condiciones necesarias para que de la dinámica guerrera surja el monopolio de la fuerza es que un Barón Mayor logre controlar respetables recursos fiscales y pueda así financiar un ejército más poderoso que el de sus contendores. En el país, esta capacidad fiscal fue, hasta hace poco, a todas luces modesta. Y esto tuvo que ver a su vez con nuestro también modesto desarrollo económico.

En cuanto a la existencia de una élite con mentalidad empresarial (que se exija y le exija a otros -ejércitos o marinas-conquistar resultados a bajos costos), lo que en Colombia como en otros países de América Latina emergió con la Independencia fue una débil burguesía imbuida de una mentalidad patrimonial que compensó su fragilidad económica por la vía del acceso privilegiado a los recursos públicos. Más que exigir eficiencia de la burocracia, la burguesía demandó que se le respetaran prerrogativas y ventajas — clientelismo y corrupción son entonces prácticas de vieja data. Por eso es

necesario recordarle a los sectores civiles que hoy claman por una más funcional Fuerza Pública que ellos mismos históricamente también son responsables de la ineficiencia e ineficacia que allí cunden. La corrupción que algunos descubren pasmados en las filas-del ejército o la policía no es de naturaleza distinta a la corrupción que también prospera en otras ramas del Estado y que ha sido una forma consuetudinaria de mediación entre sectores público y privado. El problema es que en medio de la guerra, los efectos perniciosos de la corrupción adquieren dimensiones mucho más dramáticas. En parte, esta práctica se convierte en una de las causas que prolongan el conflicto armado interno.

Frente a la invención nacional, Colombia adoptó hasta hace poco el camino del mestizaje, pero un mestizaje sesgado que supuso el blanqueamiento de las etnias y la invisibilidad de otras razas⁷. Sólo a raíz de la Constitución de 1991, se empezó a construir nación por la vía del reconocimiento y la valoración de la diversidad. Esta vía seguramente rendirá sus frutos, pero se tomará su tiempo para hacerlo.

En cuanto a la inclinación hacia la negociación, parecería como si últimamente esta se abriera paso. El horror de la guerra, sus costos, sobre todo su constante visibilidad en la televisión y la prensa, y una activa presión internacional, han suscitado reacciones más afines al diálogo en sectores hasta hace poco recalcitrantes a esta vía. El tamaño de las guerrillas o de los paramilitares, su crecimiento exponencial durante los últimos años y su mayor capacidad destructiva, hacen también tambalear la seguridad de unos y otros de tener la victoria asegurada. Cada uno de los actores armados ha aprendido a punta de altos costos y mucho derramamiento de sangre que el conflicto, aunque turbio y de fronteras difusas, confronta a contendores poderosos. Y este reconocimiento es un paso previo a toda negociación.

⁷ Peter Wade, *Gente Negra, Nación Mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*, Bogotá y Medellín, Editorial Universidad de Antioquia-ICAN-Siglo del hombre Editores-Ediciones Uniandes, 1997

Finalmente, este ensayo termina recalcando que la salida de la guerra es hoy mucho más compleja que hace un siglo. Como ya se ha dicho, la construcción de un conjunto de instituciones tiene que ser producto de lo que otrora era un punto de llegada: procedimientos y principios democráticos. Hoy, diversos públicos internacionales y nacionales opinan que el fortalecimiento institucional debe venir acompañado de la inclinación hacia la resolución de los conflictos por la vía del diálogo y por la aceptación de que la organización de sectores críticos es indispensable para generar el aprendizaje de la democracia. Así el mensaje de estas posiciones es que sólo cuando aceptemos conflictos y actores fuertes podremos aprender lo que la democracia implica.